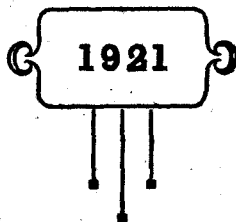


1779

LDO. MANUEL MOCHÓN

LA RECONQUISTA  
— DE ALMERÍA



R 1779





## AYUNTAMIENTO DE ALMERIA

ALCALDÍA PRESIDENCIA

---

SECCIÓN SECRETARÍA  
NEGOCIADO CENTRAL  
NÚMERO 3306

---

*El Excmo. Ayuntamiento de mi presidencia, en la sesión ordinaria celebrada el día veintiseis de Diciembre último, adoptó, entre otros, el siguiente acuerdo:*

*«El Señor Granados Gil, propuso que el Ayuntamiento acuerde la impresión del Sermón pronunciado por el Presbítero D. Manuel Mochón en la fiesta conmemorativa de la Reconquista de la ciudad por los Reyes Católicos, celebrada en la mañana de hoy. El Señor Fuentes,*

*se adhirió al ruego elogiando la elocuencia y brillantez de dicho trabajo. Y el Ayuntamiento acordó aprobar la propuesta del Señor Granados y que el importe del gasto se abone con cargo al Capítulo y artículo correspondientes.*

*Lo que traslado a V. para su conocimiento, satisfacción y demás efectos.*

*Dios guarde a V. muchos años.*

*Almería 26 de Abril de 1922.*

**José Esteban**

Sr. D. Manuel Mochón, Presbítero

Ldo. Manuel Mochón

# La Reconquista de Almería



Este libro está editado en los ta-  
lleres tipográficos de la  
Papelería MORENO - Príncipe, 15.  
Almería

# SERMÓN

Pronunciado en la Catedral de la Ciudad de  
Almería por el Licenciado Don Manuel Mo-  
chón López, el 26 de Diciembre del año 1921.

*A su entrañable amigo el caballero  
cristiano Don Juan Esteban Nava-  
rro, Contador de Fondos de la Di-  
putación Provincial de Almería, en  
prueba de singular afecto y respeto,  
dedica este pobre trabajo.*

*El Autor.*



# SERMÓN

que en el aniversario de

## La Reconquista de Almería

PREDICÓ

en la Santa Iglesia Catedral de esta Ciudad

EL

Ldo. D. Manuel Mochón López

Cura Párroco de Alomartes (Granada)

---

26 de Diciembre de 1921.

---







## La Reconquista de Álmería

Qui custodit mandatum custodit  
animam suam qui autem negligit  
viam suam mortificabitur.

Prov. 19. 16.

Excmos. Señores;

Señores:

¡Almería! ¡Qué dulce es el recuerdo de aquella gloriosa fecha, en que al sonar sobre tu cabeza la hora providencial de las divinas misericordias cambias, ciudad hermosa, tus brillantes ropajes de mora gentil por la blanca túnica de las vírgenes cristianas.

¡Qué dulce es el recuerdo de aquella imborrable hora en que ante los Reyes de Castilla, te prosternas humilde, rompes las cadenas de tu dorada esclavitud, arrojas la corona de zequines que aprisionara tu frente, hechas por

tierra el antus de flotantes gasas que prendiera tus cabellos perfumados, desgarras la túnica de oro y seda labrada que cubriera tus hombros, alzas al cielo mirada suplicante y de esclava de un harem musulmíco, sin más flores ni más glorias que las menguadas del falso Profeta, te elevas a la categoría de hermosa matrona cristiana, ciñes tu frente con la airosa corona de flores delicadas que te dedica la fé, cubres tu cuerpo con un girón glorioso de la bandera patria y como gema preciosísima te engastas en las gloriosas diademas que orlaran las sienes de Isabel y de Fernando!

¡Que desdichada tu pasada desdicha!

¡Que gloriosa tu pasada gloria!

Acurrucada tú, tras tus ciclopeas murallas, viste deslizarse tristísimas las horas de tu existencia, temblando por tu suerte, escuchando inquieta el fragor de la lucha; el estruendo de las lombardas y alcabuces, los mugidos furiosos de las olas que te circundan los gritos

de los combatientes; sin ser bastantes a alegrar tu espíritu las frescas brisas de tus risueñas vegas, el rítmico balancéo de tus esbeltas palmeras, las auras balsámicas de tus jardines, las cuantiosas riquezas de tu rico suelo, el lujo esplendoroso de tus ropajes moriscos, ni la alegría, en fin, de tus justas y festines.

¡Ay! Es que no hay paz para el alma pecadora, cuyos tristes días, son el prólogo cruel de su triste muerte!

¡Y qué risueña y alegre ya, cuando abriendo tus puertas a los heraldos de Dios, besan tus labios la cruz que te redime, embótase en tus calles, para siempre, el filo del alfange musulmán, sobre la voz del islamita alfaquí se alzan los acentos sagrados del sacerdocio cristiano; resuenan en tus ámbitos las melodías del arpa de David, en vez de las azoras del Corán, y en lugar de la estridente imprecación del almuédano sobre los minarétes de tu gran aljama sobre los adarves de tu histórica alca-

zaba, inundan los espacios las alegres magestuosas y embriagadoras notas de las campanas de tus templos.

Y esta alegría, Excelentísimo Señor, es la que festejamos hoy. Por eso se congregan hoy aquí, los cristianos hijos de esta ciudad ilustre, a refrescar el recuerdo de la liberación de su patria: aquí, aquí, donde a la sombra de los muros de esta Iglesia de San Indalecio, se cobija hoy su enseña bendita, testigo glorioso y secular de las proezas de nuestros padres, de la bravura indómita de nuestros guerreros, que recogió en sus pliegues el calor de la sangre de los héroes de nuestra Reconquista, su última mirada, y viene a ofrendarlas ante ese altar, como ella magnífico, por donde corre a raudales la sangre redentora del invicto caudillo que obrara la liberación de todo el género humano, para estrecharse en el dulce y eterno abrazo en que han de vivir siempre unidas las religión y la patria. Y es, que no

puede por menos de estar mezclada siempre la sangre de todos los sacrificios.

¡Religión!

¡Patria! Separadla si podeis; pero rasgad antes una por una las hojas de los anales de vuestra ciudad encantadora.

Remembrad las magníficas bellezas de la antigua Urci, sus recuerdos gloriosos, su dulcísima poesía, sus leyendas peregrinas....

Recread el ánimo con su cielo sereno, con la eterna lozanía de su vegetación exuberante, con la transparencia de las aguas de su mar, con sus ríos y con sus flores..... Habreis forjado en vuestro delirio, la misteriosa imagen de una hada, el conjunto embelesador de una hurí, arrancada a los harenes orientales, envuelta en los elegantes pliegues de las banderas islamitas, de un cuerpo sin alma. Pero la Patria no es eso solo: la Patria es Dios, viviendo con nosotros, la Patria es ese altar, donde constante-

mente se renueva el sacrificio del Calvario y se inmola la Hostia pura, la Hostia santa, y ante cuyas gradas bebe el cristiano la fortaleza de la fé, calienta su pecho con los ardores sublimes de la caridad, y entrevée por la esperanza las magníficas portadas, los arcos triunfales de una ciudad sin límites de esplendor, belleza y duración, destinada a ser su eterna Patria.

Eso es la verdadera patria; y lo es también este templo en cuyo derredor se agolpan vuestras viviendas como bandada de polluelos al calor de las alas de su madre: y el amoroso beso de las que os llevaron en su seno y con los hilos sutilísimos del rico néctar con que os amamantaron urdieron en vuestros pechos las fuertes redes en que quedó cautiva dentro de vuestro corazón la fé de Jesucristo, grabada en vuestras almas la síntesis completa de todas las enseñanzas del Catolicismo contenidas en el Código que Dios entregó a Moisés



en las cumbres del Sinaí, para guía segura de su pueblo.

Sin religión, no hay patria. Por eso, de ordinario los ateos, carecen de ella, porque ignorando su verdadero concepto juzgan efímero y risible cualquiera otro atractivo que el solar donde abrieron sus ojos a la luz, pueda ofrecerles. Obran armónicamente con su impiedad y proclaman sin pretenderlo que para nada sirve el pomposo título del patriotismo donde no sirve para algo el nombre y autoridad de Dios.

Y esto que acontece a los individuos acontece también a las naciones, cuando abandonan los caminos de la fé que son, los de su verdadera grandeza y dicha. Escuchad.

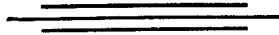
Hubo un pueblo grande, el mayor quizás de los pueblos de la tierra. Se llamó España. Los nombres de Sagunto y de Numancia son los más brillantes timbres de su nobilísima grandeza. No afirmó su planta en ella Roma la

señora del mundo, con sus Césares y poderío, ni Cartago, con su audaz Aníbal. Dios puso nieve perpétua en sus montañas, perpétua lozanía en sus valles y fé divina en su pecho al resonar los acentos de Nicea en los Concilios Toledanos. Pero fiel a los caprichos locos de su albedrío se adormeció entre los brazos de arrulladores placeres; arrojó lejos de sí el yugo suave de la divina ley, tuvo en poco su grandeza que era la de su Dios y al tragarse las aguas del Guadalete, el trono de su rey Rodrigo, comenzó a escribir la tragedia de sus désastres.

Pero no debo adelantarme tanto..... Haciéndome inmerecido honor y no teniendo en cuenta lo débil de mis hombros para soportar la inmensa carga de hechos y grandezas patrias que es mi deber presentaros hoy y que mi torpe lengua se anuda y no sabe hablar en presencia de tantos venerandos maestros del recto pensar y bien decir como

me escuchan, vuestra honrosa elección me colocó hoy aquí, para entonar un himno a la memoria de vuestra Reconquista. He de hablaros pues de vuestra fé, de vuestros Reyes y de vuestra Patria. Sea el cielo en mi ayuda para que al repasar las tremendas lecciones de la Historia consiga se arraigue en vuestra alma la idea soberana de Dios; y así jamás perezca nuestra Patria. O en otros términos. *La fé y virtudes de nuestros ascendientes obraron la Reconquista temporal de nuestro pueblo: obre nuestra fé y virtud la Reconquista espiritual de nuestra raza para que se salve España.*

A V E M A R I A





## I

No por ser conocida entre los sabios: deja de envolver una verdad incontrovertible, la profunda observación debida al genio de Estagira, cuando al tender su mirada de águila caudal sobre el panorama de la creación, afirmó que todos los fenómenos de ella, todos los seres de complicada organización y dotados de maravillosas propiedades, adquieren su perfeccionamiento en virtud del mismo principio a que debieron su vitalidad, génesis y existencia.

Aquella lacónica y enigmática sentencia de Aristóteles «propter quod unumquodque tale et illud magis» entraña una ley indefectible, a cuyo fuego están subordinados todos los elementos de cualquiera índole que sea, todos

los acontecimientos que se registran en el universo y sirve de clave misteriosa para saber interpretar las causas de las grandes epopeyas, de los pavorosos cataclismos, de las luchas sanguinarias, de las horribles convulsiones, de las hecatombes espantosas que se han ido eslabonando en el decurso de los siglos y han azotado despiadadamente a la mísera humanidad.

Rigurosa ley de la historia, que todos los hechos realizados bajo el plan de la divina providencia, han encumbrado al linaje humano, hasta la altura de los cielos, o le han derrocado hasta las profundidades del abismo, conforme al sendero abierto a su libre elección en este mundo o según el soplo de la inspiración que alentara sus empresas. Así habló el filósofo pagano.

Ni es posible penetrar en la vida íntima de un pueblo, ni comprender la vida misma de la humanidad, sin estudiar antes las hazañas del que le precedió,

sin escudriñar primero los móviles de sus empresas, las máximas religiosas, morales y políticas que informaron sus hechos, porque de sus predecesores brotó y ellos fueron los que le colocaron sobre los rieles, porque hubo de desplazarse su existencia.

En otros términos: la gloria o la decadencia de cada edad, es fruto de las generaciones anteriores y el acierto o el fracaso de las actividades del hombre depende en gran manera de la sabiduría o del error a cuyas normas se ajustó la conducta de los antepasados dentro o fuera de los dominios de la justicia y del deber.

«Lo presente producto de lo pasado, engendra a su vez el porvenir». Así se expresó profundamente Libnitz.

La ciencia humana copia sus máximas directoras de los axiomas inconcusos de la enseñanza divina, la cual nos pregona que no existe bien sólido donde no reina la ciencia que regula los lati-

dos del corazón. «Ubi non est scientiã animæ non est bonum» y que la obediencia a los preceptos de Dios es una garantía de los triunfos de la vida, así como el menosprecio de ellos es un salvoconducto seguro para despeñarse en los precipicios de la catástrofe y de la ruina. «Qui custodit mandatum custodit animam suam qui autem negligit viam suam mortificabitur». Estos son los gravísimos acentos de la voz de Salomón.

El gran Donoso Cortés, cantó un magnífico himno al pueblo hebreo en su discurso sobre la Biblia. Y este pueblo llamado a ser el prototipo de todos los pueblos de la tierra, acaudillado por Moisés y que burlara las iras del Faraón de Egipto, viendo hundidos sus carros y guerreros bajo las aguas del Mar Rojo y divisando en lontananza la fértilísima tierra prometida, hubo de llevar durísima peregrinación por los desiertos de la Arabia. Huésped en la tierra

de lo faraones, el pueblo hebreo amancilló sus santas costumbres con las abominaciones egipcias; en tierra supersticiosa y agorera, trocó, a un tiempo mismo, su Dios por los ídolos, y su libertad por la servidumbre. La fuerza sobrehumana del mas grande de los profetas de Israel, rompió el dogal de la esclavitud que oprimiera su garganta. Mientras el pueblo hebreo, en todo lo que tiene movimiento y vida, vió los rastros y huellas de la magestad omnipotente que resplandece así en el cedro de las montañas como en el lirio de los valles, cada una de las palabras de su Dios constituyó una época de su historia. Cuando se aparta de los caminos del Señor, levanta ídolos en el desierto, cae en horrendas supersticiones e idolatrias, y Dios le anuncia disturbios, guerras, cautiverios, torbellinos tempestuosos, la ruina del templo, el allanamiento de los muros de la Ciudad Santa y su propia dispersión por todos los



ámbitos de la tierra. ¿Qué tiene de extraño, pues, que Dios se convierta para él de padre que era, en Señor: el pueblo, de hijo que era, en esclavo? Dios le quita la libertad en castigo de sus prevaricaciones y en premio de su rescate. En adelante dirá Dios por boca de Moisés, al pueblo prevaricador y rebelde: «Yo soy tu Señor y propietario; el que te libró de la servidumbre de los Faraones».

Y a través de este clarísimo prisma que nos ofrecen las Escrituras es como hay que recorrer al menos, desde la octava centuria, la historia patria. A la manera que Moisés trasmitiendo los designios de Dios al pueblo escogido, irguióse un día, humilde, sí, pero robustecido de interior fortaleza, en el tercer Concilio de Toledo, el gran Padre de la Iglesia española San Leandro, y con acentos conmovedores proclamó, a la faz del pueblo godo, que no había mas que una fé verdadera, un sólo redil y un

Pastor solo. «Quema, pudo repetir a Recaredo como en otro tiempo San Remigio a Clodovéo, Quema, lo que hasta este día has adorado y adora desde hoy lo que quemabas». La antorcha refulgente de la fé, reflejó su poderosa lumbré sobre los horribles estragos que en Galicia, León, Castilla la Vieja, la Bética, la Lusitania y la provincia cartaginense, sembraran los vándalos, los suevos, los silingos y los alanos; lavó las grandes manchas de sangre fratricida que inundara los tronos de Ataulfo, Turismundo, Teodorico, Teudis, Teudiseo, Agila y Leovilgido, y España frente a la sonrosada aurora de paz que en sus horizontes estendiera Recaredo, confortada con la constancia invicta de San Hermenegildo, engrandecida con las conquistas de Sisebuto, edificada con la piedad de Sisenando y Chindasvinto, gobernada con la justicia y prudencia exquisitas de Wamba y recreada por las oleadas de fortaleza, de paz y de

gloria que cual aureolas divinas agolparan sobre su frente los concilios de Toledo, rota la esclavitud egipcia, parecía marchar a paso de gigante hacia el logro y término de toda la apetecible grandeza, la tierra prometida.

Pero ¡ah! señores, abramos un paréntesis a esta marcha triunfal de bienandanzas. Dejemos a la severidad de la crítica el escrutinio de los fundamentos históricos en que vulgarmente se basa la ruina de la nación hispana, forjando una curiosa leyenda.

Si de los brazos de Florinda, pasó Rodrigo a los inevitables brazos de la muerte, si las aguas del Guadalete le arrancaron de las filas del combate, borrando de un sólo sorbo la arrogante figura del guerrero impúdico y del insensato rey, y a la par todas las grandezas españolas, incluso su independencia, la característica de la raza, si inopinadamente se cierce sobre España el turbión de las mayores desdichas, ha-

bremos de convenir, señores, en que esta tempestad de castigos fué amasada por otra tempestad, mayor aún, de grandes delitos.

Hojead, siquiera sea con pena, los antiguos anales del pueblo godo. Proclamada la religión católica, religión oficial en nuestro suelo con la abjuración de los falsos principios arrianos, conjuradas habrían de quedar todas las discordias, ante el espacioso y claro sendero abierto a aquellas subsiguientes dinastías. Pero ¡ay! que se perdieron en el vacío las voces que dió San Pablo llamando a las conciencias de aquellos núcleos proteiformes; las aficiones y codicias de aquellos «monstruos compuestos» dice el gran Mariana, abrieron el abismo que borrara Dios entre el gentil y el judío, el bárbaro y el escita, el siervo y el libre: el torrente de tanta luz pasó sobre el pueblo visigodo, como el rayo de sol que resbala sobre los mármoles rotos de las histó-

ricas ruinas, o sobre la pira de cadáveres abandonados en la hondonada de quebradas barranqueras; y a obscuras en aquel caos, lejos de los purísimos manantiales de la moral y del derecho, no fué vista siquiera ni aun la conveniencia social y política, último baluarte de los pueblos abocados a su ruina y el desorden, la desunión y desequilibrios sociales sancionados hasta con la publicación del «Libro de los Godos», engendraron aquel ciclón que había de desatar sus furias sobre España.

Si olvidamos los nombres reales de Maximiliano, Diocleciano y Nerón, jamás podremos traer a la memoria otro más cruel y tirano que el del repugnante Witiza. No contento con violar todos los fueros de la religión y de las leyes autorizó a sus vasallos para que pública e impunemente pudiesen violarlas, cometiendo crueldades inauditas. El arrancó la vida a Favila hijo de Chindasvinto, él arrancó los ojos a Teo-

dofredo, y bajó al sepulcro envuelto en la ensangrentada alfombra de su trono, que al ser ocupado por Don Rodrigo, siguió convertido en la funesta cátedra de la lujuria y el libertinaje.

Pero señores, la nube preñada de electricidad espera únicamente el contacto para despedir el rayo, como la copa de las iras divinas, el último delito para desbordarse e inundar la tierra con la indecible amargura de sus tremendos castigos.

Yo no quiero dar crédito a las exaltadas fábulas árabes del siglo XII. Yo me inclino a creer que la ambición política del Conde Don Julián, secundada por la traición de D. Oppas y los afrentados hijos de Witiza, fueron la débil centella de aquel incendio voracísimo que al sorprender al mal aconsejado rey en el muelle lecho de sus impuros goces, redujo a pavesas hasta la última astilla del fuerte trono de la nación visigoda, sin respetar su Código ni sus

tradiciones y dejando en el escarnio las sabias decisiones de sus concilios, lo inquebrantable de sus dogmas y la belleza encantadora de sus ritos.

El simoum del desierto, a la voz de Tarifk franqueó las puertas del estrecho arrastrando nubes formidables de guerreros de tostada faz, de mirada torva, y blancos alquiceles, arrancados al remoto Atlas, a la ardiente Libia, y a la sangrienta Mauritania irrumpiendo en nuestra península indefensa, cual torrente avasallador largos siglos detenido y sembrando por doquiera la desolación y el esterminio.

Entonces, fué cuando los campos andaluces retemblaron bajo los duros cascos de los corceles africanos, fieros como los de Atila y ligeros como el viento: entonces cuando la cimitarra musulmana siguiendo el raudo vuelo de los pendones agarenos, coronados con la media luna, segó, cortó y taló cuanto se ofreció a su paso, y los rugidos de

aquellas sanguinarias fieras de los desiertos resonaron por los ámbitos de nuestra infortunada patria, poniendo espanto en los espantados pechos españoles, y llamando con sus ecos a la fiera aún contenido entre los bosques y malezas de allende los mares que al congelar la tempestad invasora, recorrió triunfante nuestras ciudades y montañas entre la gritería infernal de sus alaridos, los horrores del saqueo, y los ayes lastimeros de las víctimas pasadas a cuchillo.

Entonces fué, cuando comenzaron a tener cumplimiento aquellas palabras de la profecía, que días mas tarde escribiera nuestro insigne Fray Luis de León, y en la que dijo:

¡Ay, cuanto de fatiga

¡Ay, cuanto de sudor está presente

Al que viste loriga

Al infante valiente

A hombres y caballos, juntamente!

Entonces fué, cuando como cobardes



delincuentes, que huyen cual Cain, hasta de la conciencia de sus delitos, ante el fulgor siniestro de corvos aceros que esparcen la muerte, ante el brazo vengador de Dios, representado por aquellas hordas salvajes, envuelto el rostro en tristísimo llanto, besando por última vez los altares de sus templos, dando el último adiós a los objetos de su culto, y llevando consigo los restos de su fé y creencias, la España cristiana, en caravana inmensa, cruzó de Sur a Norte el territorio pátrio, pidiendo a la Cantabria el asilo de sus rocas, dónde espiar, cual otra Ninive, sus delitos antes que descargara sobre sus espaldas pecadoras todo el furor de las venganzas divinas profetizadas por Jonás.

Aquella tristeza de Dios, a vista de las maldades de los hombres que puso en su corazón el deseo de raerlos de sobre la faz de la tierra, al decretar el diluvio, parece renovarse en nuestra pobre patria inundada ya por las turbu-

lentas aguas de la invasión sarracena, que arrastra en su impetuosa y desbordada corriente el altar y el trono, la religión y hasta la patria misma.

Es tarde ya, para que entre los escombros de lo presente rebusque el pueblo godo su pasado, aunque nunca es tarde para medir en lo pasado y lo presente el porvenir. Nunca es tarde para derramar una lágrima que redima siendo infinita la paciencia de un Dios que siempre espera. Así esperó a Nínive, así esperó al pueblo hebreo, así contó repetidas veces los justos de la ciudad desdichada que fué convertida en ruinas según nos refiere el Génesis.

Y entre tanto, en el crisol de tanta tribulación se forjaron en Asturias los troqueles de los nuevos aceros de indomable temple que habían de quebrar las cadenas que oprimían el cuello de la cautiva hija de Sión, la Patria.

¡Covadonga! ¡Pelayo! Vuestros nombres jamás perderán brillo, aún entre

las mas brillantes páginas de gloria de los pueblos venideros, porque vuestra grandeza fué la grandeza soberana de Dios que restalló sobre la frente musulmana fieramente, el mismo látigo con que hiriera el rostro de nuestro pueblo antes de que el recuerdo de lo pasado arrancara entre aquellas breñas a sus ojos sinceras lágrimas de arrepentimiento y de dolor.....

Con el mismo brazo que Dios levanta sobre la cabeza del pecador le abraza después, si arrepentido llora.

Y aquel puñado de pueblo lloró sus extravíos morales, civiles y políticos ante los venerandos pies de la virgen de Covadonga, izóla en su bandera como testigo del abrazo ibero-romano y se dispuso, como un mártir, a defender su fé y como un héroe el último palmo del solar pátrio.

Rasgó el cielo sus espacios para escuchar la plegaria ferviente de aquellos campeones que en la Cueva de Santa

María, a semejanza de los primeros mártires del cristianismo en los cementerios romanos al aprestarse para el combate robustecían su espíritu con la divina fortaleza de los Salmos. «Dominus illuminatio mea et salus mea ¿quem timebo?» «Dominus protector vitæ meæ? a quo trepidabo?» «Si consistant adversus me castra non timebit cor meum». Si ejércitos enteros se levantaren contra mí, no temerá mi corazón.

Apartemos nuestros ojos horrorizados de aquel trágico cuadro que la España desgarrada por la cimitarra musulmana nos presenta; apartemos de nuestra memoria el fatídico recuerdo de aquellas avalanchas de guerreros islamitas, sedientos de sangre y de matanza... pero no, no los apartemos de aquellos horizontes astures, donde ya comienza a alborear la aurora bellísima de la resurrección de la Patria porque llegará a nuestros oídos la ronca voz de lucha, lanzada por el hijo de Favila, y

verán nuestros ojos el rebote de las flechas árabes hiriendo el pecho de quien las disparara y al Auseba descuajar sus rocas y al Deva desbordar su corriente para arrastrar en ella a los invasores y al cielo despedir sus rayos, a través de densísimos nubarrones. ¿Que le importa a Dios el número de sus enemigos?

«Y su ira luego

Los secó como arista seca el fuego»  
que cantó nuestro divino Herrera.

Señores, la grandiosa epopeya de nuestra Reconquista no reconoce otro principio que la expiación nacional y la resurrección de la fé cristiana, obradas entre los graníticos peñascos de Asturias: de aquella fé que traspasa las montañas, en expresión de San Pablo y que traspasando las naturales barreras de su reducida cuna, llena de ardimiento y esperanza bajó al llano, en el pecho de sus cruzados a arrancar a la Iberia el nombre de España árabe, y a dar el formidable grito que cual al Lázaro

del Evangelio le arrancara del sepulcro hediondo en que dormía sueño de muerte.

Y el despertar de España fué glorioso. Tras las banderas cristianas se desbordan hacia el reino de León las huestes de Pelayo y cuando Dios corta sus pasos con eternas aureolas, siguen sus huellas victoriosas Alonso I, que se apodera de Galicia, León y Castilla, el valiente Fruela, terror del campo sarraceno; Alfonso II el Casto, que triunfa en Ledos y en Lugo, Don Ramiro que abate al mahometano en Albelda y al restaurar a Clavijo y Calahorra lleva en su vanguardia al Apostol Santiago, sembrando, entre la morisma, la confusión y el espanto, al furioso galopar de su nivea cabalgadura; y Ordoño I y Alfonso III el Magno, cuya prudencia aquietó los disturbios interiores de su reino, y cuyo valor conquistó a Coimbra, Simancas, Dueñas y toda la tierra de Campos, reuniendo los trofeos de sus

victorias en la antigua Zamora. ¿Y a que fatigar vuestra atención, con episodios de tanto renombre como la conquista de Toledo, por Alfonso VI, la toma de Mallorca y de Valencia por Jaime el Conquistador, la jornada inmortal de las Navas de Tolosa, en el reinado de Alfonso VIII, la rendición de Córdoba y Sevilla por el hijo de Doña Berenguela, que consagró las gradas del Trono de Castilla? A qué suscitar el recuerdo de un Conde Fernan-González, de un Santo Domingo de Silos y un San Vicente Ferrer, lumbreras por su don de consejo en Navarra y Aragón, y finalmente de un Cid Campeador, cuyas casi mitológicas proezas corrían parejas con su lealtad y virtud, esculpidas en el Romancero de su nombre y sintetizadas en la siguiente estrofa:

«Y conquistando un castillo  
Fago pintar en sus piedras  
Las armas del Rey Alfonso  
Y yo humillado al par de ellas»

Señores, no puedo olvidar las rebeliones y desórdenes del pueblo hebreo a su paso por el desierto, ni tampoco sus derrotas y castigos y ante este recuerdo acuden a mi mente los nombres infaustos de Sancho IV el Bravo, perseguidor como Absalón de su propio padre, las vergonzosas escenas de los bastardos de la Casa de Trastámara y Enrique III y Enrique IV y Juan II encadenado a las torpes ambiciones de un favorito, para rendir mi tributo a los lloros de la Historia en Valdejunquera, Alarcos, Uclés, Montiel, Aljubarrota, Los Toros de Guisando, Perales y Cabezón de la Sal, donde o sufrió un grave quebranto la legendaria bravura española o suscribió su propia deshonra la noble altiveza castellana.

Pero el pueblo israelita tiene a la vista ya, la tierra prometida, y ha de enjugar las postrimeras lágrimas de su destierro.

Una nueva oleada de gloria orea ya



la frente de la historia patria cuyos cimientos cavados por el dolor recibieron los firmísimos sillares de una fé poderosísima, señalados con los nombres de Alfonso el Católico y Alfonso el Casto y Alfonso el Magno; fortificados por Alfonso VI, Fernando II el Santo, Alfonso X y Alfonso XI, que esmaltaron de catedrales y basílicas el suelo patrio y ornamentados por el tropel de aquella inmensa pléyade de héroes que llevó en el pecho, bajo la coraza férrea, mas que bravura fé, más que poder confianza en la providencia divina, más que ánsia de laureles y victorias, ánsia insaciable por la glorificación de su Dios.

Él a través de las nubes, de polvo y humo de los combates, vió el corazón de este pueblo, hallólo ya conforme por su virtud con los designios de su justicia y abrióle el camino de su completa emancipación preparándole con su mano la llave que cerrara la total reconquista e independencia de España. ¿Como?

Los artistas de la palabra han trazado cuadros soberanos de todo punto irreproductibles, para los más expertos pinceles, al delinear la silueta moral y física de Isabel I de Castilla. Para formar su cuerpo pidieron a la Primavera sus brisas perfumadas, a las vegas granadinas su alegría, su eterna lozanía a los jardines de Valencia, nieve purísima a nuestras sierras elevadas, luz radiante al sol de andalucía y a San Hermenegildo sangre de sus venas. Para formar su alma, recogieron la inmensidad y arroyos de nuestros mares, la generosidad de las tierras castellanas, la bravura de Pelayo, a fé de los Leandros e Isidoros, el ingenio de Alfonso el Sabio, la piedad de San Fernando, la intrepidez y audacia del Cid Campeador: el rostro de un ángel pusieronle por rostro, Dios les dió un soplo divino para animar aquel magnífico conjunto, un girón el cielo, que le sirviera de manto, España una corona y mirando hacia las

llanuras andaluzas nos presentaron a Isabel I la Católica.

En sus «Empresas políticas», nos dá Don Diego de Saavedra los rasgos característicos de aquel valeroso príncipe que al compartir el trono de España con la hermana de Enrique IV, había de compartir también con ella los lauros de su Reconquista. «Las niñeces de este gran rey, dice, fueron adultas y varoniles: fué señor de sus afectos, gobernándose más por dictámenes políticos que por inclinaciones naturales: reconoció de Dios su grandeza: levantó la monarquía con el valor y la prudencia, la afirmó con la religión y la justicia; la conservó con el amor y el respeto. Antes aventuró el Estado que el decoro ni le ensoberbeció la fortuna próspera ni le humilló la adversa: se hizo amar y temer; ni a su magestad se atrevió la mentira, ni a su conocimiento propio la lisonja. Respetó la jurisdicción eclesiástica y conservó la real; no tuvo corte-

fija girando como el sol por los orbes de sus reinos».

Las miradas castellanas se dirigieron todas al reino de Aragón atraídas por el brillo de aquella corona que ceñía las sienes del ya jurado rey de Sicilia Fernando V, cuya juventud y singulares dotes cautivaron el corazón de Isabel I, sobre los Alfonsos de Portugal y los Príncipes de Francia e Inglaterra.

Bajo las amplias naves del templo segoviano, en día memorable, y entre los vítores y aclamaciones del entusiasmado pueblo, y el esplendor brillante de regia comitiva, y el lucir de las bruñidas armaduras, y las salvas de honor de los cañones, ante las gradas del altar augusto, Fernando e Isabel, inclinan su magestad real en presencia de la suprema magestad de la Iglesia Católica que al unir sus manos con lazo indisoluble, une indefinidamente y funde en un sólo sér a Castilla y Aragón, bajo la dirección bendita del sacerdocio cris-

tiano, representante genuino y legítimo de aquel soberano Dios, que azotó por sus pecados al pueblo visigodo con los horrores de la invasión, que puso destellos de luz y redención en las banderas de Alfonso VIII y que mas largo siempre en las obras de su magnificencia que en la letra de sus palabras, premia la fé y virtudes de los jóvenes monarcas castellanos, con la unidad política, religiosa y nacional de la Patria, al engastar en sus diademas cual, preciosas perlas, los granos todos arrancados al último baluarte musulmán: Granada.

La unidad traería la paz, que cual hermoso iris había de lucir pronto en el cielo purísimo de la patria, borrando la vergüenza de ocho siglos que con mengua del nombre cristiano pesara sobre España. Y las gloriosas jornadas de Toro y de Zamora, fueron los pasos precursores.....

Entre las borrascas de noche tem-

pestuosa, a la luz de los relámpagos y arrastrando su cuerpo por escabrosidades y malezas, el lobo musulmán clavó sus garras en la fortaleza de Zahara y un torrente de sangre cristiana inundó la Serranía. Rebaño de mujeres y de niños hambrientos y desnudos cruzó las puertas de Elvira, como botín de la perfidia y el reino de Granada estremeciéndose en su blando lecho de flores viendo avanzar el castigo y su ruina. Muley Abul Hacen, reconociendo tarde su locura, dió al rey de nuestros románticos el tema de una bellísima elegía arrancada a sus lamentos ¡ay de mi Alhama! Pero eran pocas aquellas lágrimas: mas largamente había de derramarlas al desprenderse de sus manos Ronda, al abrir sus puertas al Ejército cristiano Vélez Málaga, y al avanzar sobre la invicta Baza los guerreros de Isabel y de Fernando.

Duro fué el asedio..... pero rindióse Baza..... Inundada la Sierra de Filabres,

por aquellas legiones de héroes que entre derrumbaderos y ventiscas, seguían intrépidos a aquella «mater castrorum» como se apellidaba entonces a la Reina de Castilla, abrió sus puertas y sus brazos Almería, para recibir en su frente de cautiva el beso y en sus brazos el calor de los brazos maternales de la Patria, al apagarse las postrimeras llamaradas de nuestra Edad Media.

Por más que se exalte la fantasía, ante los fieles relatos de los cronistas, es imposible, Excmos. Señores, reconstituir con algo de su primitivo esplendor, aquellas memorables escenas en que Gutiérre de Cárdenas, ocupando los baluartes, hizo tremolar las cruces benditas y el estandarte de Santiago sobre las graníticas murallas de esta ciudad, en que el soldado de Baza y Capitán de Almería, el valiente Cid Hiaya, a la cabeza de numerosa comitiva de alfaques y moros notables, salieron a rendir vasallaje al Rey Fernando y pre-

parar la solemne entrega ya convenida con el triste Abdallah su rey, el 22 de Diciembre.

Un día más, señores, y la magnánima Isabel I, recibe las llaves de la ciudad en la puerta de Purchena, y el Cardenal Mendoza hace de la Mezquita de su Castillo un templo cristiano, donde inclinan ante Dios su frente los valerosos campeones de nuestra Reconquista: Allí hincaron su rodilla ante la suprema magestad de Dios el Conde de Tendilla, el Conde de Cifuentes, el Marqués de Cádiz, Don Alvaro de Bazán y Garcilaso de la Vega. Allí rindió su espada el triste Zagal de Guadix, el que a la sombra de la alcazaba accitana se sentía morir de tristeza con las nuevas de la rendición de Baza, marchando a ejercer una efímera soberanía en sus estrechos dominios de Andarax, porque así lo dispuso el cielo: y allí entre la firma de las capitulaciones y la entrega de vuestro pueblo, quedaron presos para



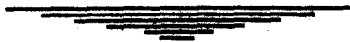
siempre bajo el yugo suavísimo de Jesucristo el nuevo caballero de Santiago Cid Hiaya y Reduan Venegas, cautivos mucho antes de las cristianas bondades y fé de su cristiana reina.

Y el 23 de Diciembre de 1489, Almería, la indolente mora, cambió sus brillantes ropajes de seda y oro labrados por los blanquísimos sendales de las vírgenes cristianas, vió libre su cuello de los hierros de la esclavitud, alzó al cielo sus ojos y recibió de su Dios la alegría de su ambiente sereno, la blancura de las espumas de su mar, la amenidad de sus flores, la fecundidad de sus aguas, y la gracia de su sal inagotable como prenda de la justicia que engrandece a las naciones, en tanto que los hunde el pecado en la miseria.

Un paso más, señores, y al inclinar galantemente sus cálices los verjeles de la Alhambra, ante la flor graciosa de Castilla, vuélcase el trono de Aben Ismail, que en ellos se apoyara; y una

bandera cristiana desplegada al viento, sobre la Torre de la Vela y un suspiro lanzado a los espacios por Boabdil, último rey moro, desde las últimas vertientes de la vega granadina, ponen fin a la dominación árabe en España.

Las palabras que Aixa recriminando a Boabdil la flaqueza de sus lágrimas, coincide en el fondo con el pensamiento de Leibnitz que antes citara: «Lo presente, producto de lo pasado engendra a su vez el porvenir».





## II

Cerrada ya, con el broche de oro de la Toma de Granada, la grandiosa epopeya de la reconquista de España, triste es confesarlo, pero queda a la valentía y bravura de los hijos de esta patria una nueva reconquista que llevar a cabo, si un luctuoso porvenir no ha de cerner sus negras alas sobre ella: Reconquista, si cabe, mas difícil que la iniciada en Covadonga, cuanto mas arteros y difíciles son los enemigos que cierran sus caminos y minan sus entrañas, en tanto que reciben su calor de madre. Porque fueron los hijos de los desiertos africanos los emisarios del terrible Muza, quienes cruzando el estrecho encontraron rota la corona de España y a ella paseando sus liviandades

por las llanuras de la península en triunfante carroza tirada por los briosos corceles de sus vicios: fueron los tostados africanos, fieles a su Código religioso los que talaron sus bosques acocearon sus altares, quemaron sus imágenes, destruyeron sus templos y tiñeron con la sangre de nuestros padres sus impuras manos, embriagados por la esperanza de merecer el dorado néctar de las pomas de su paraíso. Fueron..... pero a qué amontonar vilezas y crímenes sobre la frente de los infortunados hijos del Profeta, si nó podemos amontonar laureles ni glorias sobre los hombros de las dinastías visigodas del siglo VII de nuestra historia?

La aguja de la fé, dijo un insigne orador, hermano vuestro, no pudo coser la clámide ibero-romana bajo cuyos pliegues pudiera obrarse la paz y la grandeza de la Patria española: perdiéronse a lo lejos entre el inquieto correr de los tiempos y el tropel de los

vicios los sonoros ecos de las decisiones toledanas, enerváronse las energías de la raza y a las maquinaciones de los traidores, respondió el azote de Dios sobre la nación hispana, que arrastrando los tristes harapos de su deshonra, cual tímido lebrel, buscó en las cavidades de las rocas, refugio a su cobardía y pobreza, como pagando por los rincones del paraíso huyeron la mirada de Dios nuestros primeros padres, al abarcar en su alma toda la extensión y fealdad de su desnudez y sus desdichas.

Después..... después su dolor hizo grande a España y fué pequeño el sol para alumbrar sus dominios y pequeña ella misma para soportar el peso de sus glorias.

Pero no podemos olvidar, Señores, que la historia se repite y al repetirse aunque aislados chispazos del alma de la raza, llegan a nuestros oídos de los campos africanos alentando nuestras flacas esperanzas no por eso, se pierden.

en el vacío las voces de los traidores que maquinan la ruina de nuestra patria. Hoy nó son ellos los de tostados rostros y blancos alquiceles, son los torpes hijos de la pobre España, los que no tienen otra historia que nuestra historia, otro cielo que nuestro cielo, ni llevan en sus venas otra sangre que la que corriera por las venas de los héroes de nuestra Reconquista, que la que regó las vidas de los descubridores de un nuevo mundo, de los triunfadores de Pavía, de los sabios de Trento y de París, de los Ignacio de Loyola, Juan de la Cruz y Teresa de Jesús, de los bravos defensores de nuestra independencia que al cortar las garras y las alas de las águilas napoleónicas, levantaron eternos monumentos al patriotismo y al valor en Bailén, Gerona y Zaragoza.

Ráfaga mortal de frío indiferentismo heló sus huesos. El liberalismo religioso político apagó las luces de su alma y un yerto cadáver recorre hoy la pe-

nínsula con el nombre de España ¿Porque apagan tu vida, Patria mía? Muy lejos de mi ánimo, Excmo. Señor, entablar parangón alguno entre los cristianos hijos de nuestra aún católica España y los antiguos detentadores de nuestra libertad y nuestras creencias, pero seamos justos, Señores, el corazón sin fé está seco, y no tiene lágrimas que derramar ni encuentra montañas en que puedan fructificar sus tardíos llantos.

Y ¿quien le arrancó la fé, nervio de su alma? En nombre de la libertad y la razón, como ciclón tempestuoso, recorrieron nuestro suelo las modernas doctrinas de la revolución y la anarquía, llevando en sus manos las incendiarias teas que alumbraron todas las dormidas pasiones de la bestia humana, al par que redujeron a cenizas las antiguas y patriarcales costumbres españolas, cimentadas en la salvadora doctrina de la Iglesia Católica.

Los hijos de España no son malos;

se dejaron influenciar por los vientos corruptores que cruzaron el Pirineo, tras ellos vinieron la codicia, la ambición, la mentira, la destrucción del hogar cristiano, la corrupción de las ciudades y de los campos, llevando el antifaz carnavalesco de la conveniencia y progresos sociales, y abriendo ancho camino al libertinaje que al acabar el temor de Dios en el alma, sangra por días la vida de las presentes generaciones.

¡Ay! realizaron estos delitos una invasión mansa, y por eso contra ellos no luchamos, aunque siembran mas estragos que las pisadas de los caballos vándalos y los fieros alaridos de las hordas salvajes de Mahoma. Estas, talaron las ramas del árbol de la patria: los malos hijos de la patria han puesto la segura a la raíz y pretenden a todo trance hacer rodar el tronco que es su fé bendita. ¿Os acordáis de las verdaderas causas de nuestros desastres coloniales?



Dad ya a quien queráis el nombre verdadero de enemigos de España.

Pero, Señores, el convivir con traidores es complicidad manifiesta que hace a nosotros extensivo ese mismo nombre: hora es ya de que abramos los ojos y salgamos del letargo de muerte en que hundieron a las presentes sociedades las modernas costumbres políticas, a cuya sombra y bajo cuya capa vergonzosa la masonería y el judaísmo, seguidos de sus hijos la razón y la materia, asesta con nuestro embelesamiento siempre, y a mas con nuestro aplauso, fieros golpes, al árbol secular de nuestra fé bendita, pensando neciamente que puede ser destruida la cruz que corona la cúpula del elevado Capitolio.

Hora es ya de que obrando en razón y en armonía con nuestro nombre y en nombre de esa madre cuya voz y cuyo amor nos congregan hoy bajo las bóvedas magestuosas de vuestro templo poniendo junto a ese altar y ante vuestros

ojos su enseña gloriosa, hora es ya, repito, de que alce clamorosa su voz nuestra fé, ante el mundo, con la reconstitución de las añejas costumbres cristianas españolas, con la reconstitución del hogar cristiano y con la purificación del malsano ambiente que nos aprisionara y que al mayar las verdades de nuestra religión en nuestra alma, amenaza dar al traste con los firmes cimientos de la Patria.

Alumbra al mundo aún, la luz del Vaticano, el Pontífice Romano alza aún su voz por encima de las conmociones y desequilibrios de la tierra, y sobran arreos y nobleza al corazón de España, de nuestra España, de la España Católica, que hicieron grande Don Fernando V de Aragón y Doña Isabel I de Castilla, para llevar a cabo una nueva reconquista: reconquistemos su fé si queremos de veras la salvación de España.

**He terminado.**

Almería, la ciudad encantadora, de hermoso cielo azul sereno, de gayas flores, y brisas perfumadas, arrullada por las mansas olas de tu mar, y recreada por la sonrisa de tu Dios, que dió a tus hijos la bondad inagotable y la hidalguía y nobleza de la raza hispana; hoy es para tí día de homenajes y recuerdos: rinde el primero a tu Dios, porque te hizo cristiana; guarda el segundo para tus ínclitos reyes católicos, porque te dieron libertad rompiendo tu servidumbre. Como cristiana guarda en tu corazón los mandamientos divinos y lograrás salvarte: como patriota graba en tu memoria con amor, el recuerdo de los monarcas que al quebrar tus cadenas te incorporaron al amoroso abrazo de la patria.

Y como en tu pecho grande ha de quedar lugar para otros grandes recuerdos, no olvides que en tierra ingrata, bajo los ardientes soles africanos luchan como leones tus bravos hijos junto

a los leones de España, y borran con su sangre generosa el escarnio que pocos meses há, arrojara de nuevo sobre nuestro rostro el cobarde guerrero islamita, de turbante blanco y corva cimitarra: no olvides nunca el monumento de entusiasmo y gratitud que levantó tu alma a los que albergastes hasta hace poco entre tus hijos, cuando ellos entre el fragor de los combates pusieron en alto, muy alta, *La Corona* de nuestra patria.

Gloria inmarcesible a los que luchan: gloria eterna a los que sucumbieron bajo el rojo y gualda de la bandera de España.

**Así sea.**

**A. M. D. G.**